

MEDITACIONES POR LOS DOLORES PADECIDOS POR LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

Introducción

Por el pecado de nuestros primeros padres el dolor y la muerte entraron en el mundo, y esta penosa herencia se ha venido inexorablemente transmitiendo y cumpliendo de generación en generación, y así ocurrirá hasta el día en que los tiempos lleguen a su fin.

Si bien esa fue la sentencia universal decretada por el Eterno Padre para todo el género humano, sin embargo, en mérito de los designios excelsos que le tenía reservado a María desde toda la eternidad, le concedió sólo a Ella el verse liberada de esa culpa, desde el mismísimo instante en que comenzó su concepción en el seno de su madre. La razón de este singularísimo privilegio, residió en ser Ella la mujer predestinada por Dios para engendrar y dar a luz a su Hijo Unigénito, al Verbo, a la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, y al perseverar en su inmaculada pureza de cuerpo y alma a lo largo de toda su vida, se constituyó en la perfectísima esclava de su Total y Absoluta Voluntad. En razón de esta plenitud de gracias, dones y virtudes que adornaban todo su ser, surge en nuestra mente como algo justísimo, que lo propio de haber acontecido era el verse privada de todo dolor y pena, por levísimos que hubieran sido. Lo cual, sin embargo no fue así, al extremo de haber sucedido todo lo contrario, al sufrir, y en magnitud tal, como no lo ha padecido ni lo padecerá persona otra alguna, a excepción de su Divino Hijo. Ante la evidencia de la realidad que nos proporciona el hecho fehacientemente ocurrido y conocido, cual es, que la pena impuesta por Dios a causa de la primera desobediencia haya también recaído sobre el ser eximido de tal culpa, conformaría una situación, mirada con nuestra miope óptica humana, que nos empujaría a conjeturar un proceder incomprensible y hasta contradictorio por parte de nuestro Hacedor. Pero como es muy cierto que **«No son mis pensamientos vuestros pensamientos, ni mis caminos vuestros caminos»** (Is.55, 8), descubrimos, apoco de profundizar aquel proceder de la Divinidad, que lo que se presenta nebuloso y desconcertante, son solo apariencias que fácilmente se disipan, pues el móvil que le determinó ese obrar, fue su Infinito Amor y su Infinita Misericordia en aras de facilitar nuestro peregrinaje hacia la Patria Celestial. Es decir, que aquello tuvo como fin directo beneficiar en medida inimaginable y eminente a sus pobres y débiles criaturas.

Fue por ello, que Dios, Uno y Trino, no quiso que la cooperación de María Santísima en la obra redentora que encarnaría su hijo, quedara fincada exclusivamente en ser su verdadera madre en el tiempo - ya de suyo de trascendentalísima e inconmensurable importancia - sino, que su querer era que la misma no se agotara con el gozo que le depararía su Maternidad Divina, y luego nada más. No!, El quería que aquella fuera muchísima más profunda y extensa, de modo que viniera a engarzar perfectamente con su sublime plan de salvación, como un sutil imán que atrayera a la frágil y voluble humanidad a su amoroso redil. Por lo tanto, el designio divino era que todas las criaturas salidas de sus manos, y que por los méritos infinitos que conquistaría su Hijo en su obra Redentora, pudieran llegar a convertirse en sus hijos adoptivos, alcanzasen esa filiación a semejanza de como todo hijo viene al mundo en cumplimiento a su Divina Sabiduría: por la mujer. Pero como engendrarlo y darlo a luz le reporta a la mujer transitar por el dolor, en cumplimiento a la maldición dada por Dios a nuestra primera madre en el Paraíso **«Multiplicare los (rabajos de tus preñeces) y «Parirás con dolor los hijos»** (Gen.3,16), determinó, al ser su querer que María fuera también la; madre sobrenatural de todos aquellos hijos, imponerle esa otra semejanza: «el dolor». En razón de lo cual, para hacerla merecedora de darlos a luz a una nueva vida, a la vida que conduce al Cielo, le tuvo reservada desde toda la eternidad una cuota de insondable padecer, la que, sin embargo, respondía a estricta justicia, pues una cosa sería el concebir y dar al mundo su Divino Hijo, y otra muy distinta el dar esa otra vida a los hijos del pecado.

Si bien llegado a este punto se entiende las razones del porqué de los sufrimientos de María padecidos sin culpa alguna, aprecio, empero, necesario insistir en este tema, a fin de lograr el mejor entendimiento posible, dentro de mis indudables limitaciones, que el cumplimiento de aquel designio divino de extender su maternidad a todos los hombres y mujeres, que por los distintos caminos marcados por Dios alcanzasen la Gracia de la Redención, vendría a exigirle, dado el número incontable de tales hijos, el aceptar un padecer proporcional a ello, de lo que se infiere que a su insondable intensidad se asociaría su prolongación en el tiempo, tiempo que vino a durar lo

que se extendió la vida de su Hijo y hasta el día de su Resurrección. Este ilimitado sufrir admitido con total aquiescencia y humildad por parte de María, fue de tal complacencia y agrado de Dios, que lo llevó a derramar sobre esta inigualable criatura, gracia sobre gracia, y así a la plenitud que ya poseía al momento de la anunciación - «**llena de Gracia**» (Le. 1,28) - se fue acrecentando tal sobre abundancia de las mismas que se hizo meritoria al hallarse al pie de la Cruz, de aquellas benditas y eternamente felicísimas palabras: «**Mujer, he ahí a tu hijo**» y a San Juan «**He ahí a tu Madre**» (Jn. 9,26/27). Y así como Jesús «**Varón de Dolores**» (Is.53,3), con su Pasión y Muerte «conquistó» nuestra redención y se constituyó por lo tanto en «Nuestro Redentor», y así María «Mujer de Dolores», con su total y absoluta sumisión a la Voluntad de Dios, «conquistó» su maternidad sobrenatural sobre todos los redimidos, y por estos excelsos méritos se constituyó en «Nuestra Corredentora», y como complemento inseparable a esta sublime dignidad, en la «Mediadora de Todas las Gracias» y en la «Omnipotencia Suplicante». Al llegar esta Introducción a su fin, quiero dejar bien sentado, que su propósito ha sido poner en evidencia el papel preponderante y destacadísimo que María, por decisión de Dios, ha tenido en la economía de la salvación del género humano. De esto se concluye, al considerar los beneficios sin medida que hemos recibido al poseer a la Madre de Dios como Madre nuestra, que el meditar sus dolores no debe tomarse como un acto piadoso más, como tantos otros existentes, y por lo tanto optativo de llevarlo a la práctica o no según nuestra inclinación o gusto, sino como una obligación que en estricta justicia debemos tener para con Ella, en reparación a lo inconmensurable que debió sufrir por las tantas pero tantas caídas e ingratitudes con que hemos herido su Inmaculado Corazón a lo largo de nuestras vidas.

Por último, y para evitar un no descartable equívoco, deseo recordar que el único e imprescindible ser meritorio de satisfacer plena y eficazmente por si mismo, la ofensa inferida por el hombre a su Creador al caer en su desobediencia, era el mismo Dios en la persona del Verbo encarnado, en razón de lo cual la cooperación dolorosa que le cupo a la Sma. Virgen en la obra redentora llevada a cabo por su Hijo, si bien debe excluirse de plano de esa significación y trascendencia, no es menos, sin embargo, que debe reconocerse como un hecho que también podríamos llegar a definirlo de «imprescindible», pero con la notable salvedad y diferencia de serlo sólo de «conveniencia », al concurrir en favor de la Infinita Bondad y Misericordia que tiene Dios para con sus muy débiles pero muy amados hijos, por lo que quiso; regalarnos la Madre de su Hijo para que Ella, como Pastora Divina, cuidara que sus ovejitas alcanzaran el redil eterno, el redil de la Felicidad sin fin.

Origen y fundamento de las meditaciones

Santa Brígida de Suecia (1302/1373), fue muy favorecida con revelaciones y visiones de Nuestro Señor, y de la Sma. Virgen María, las cuales versaron sobre numerosísimos asuntos, desde los espirituales hasta los temporales, ya por los que afligían en aquellos tiempos a la Santa Iglesia, ya a las naciones del Viejo Mundo. Así fue, entonces, que en una oportunidad Nuestra Señora le habló de este modo: «Miro ahora a todos los que viven en el mundo por ver si hay quién se compadezca de mí y medite mi dolor, mas hallo poquísimos que piensen en mi tribulación y padecimientos. Y así tu hija, no me olvides, aunque soy olvidada y menospreciada de muchos, mira mi dolor e imítame en lo que pudieres. Considera mis angustias y lágrimas, y duelete que sean pocos los amigos de Dios». Y para mover a sus hijos a esa contemplación de sus pesares que con tanta tristeza suplicaba, vino a decirle a la Santa que a las almas que la honraran diariamente con siete (7) avemarías considerando sus lágrimas y dolores, les prometía las siguientes siete (7) gracias:

Ira.: Pondré paz en sus familias.

2da.: Serán iluminados en los divinos misterios.

3ra.: Les acompañaré en sus penas y trabajos.

4ta.: Les daré cuanto me pidan, con tal que no se oponga a la voluntad adorable de mi Divino Hijo y a la santificación de sus almas.

5ta.: Les defenderé en sus combates espirituales con el enemigo infernal, y les protegeré en todos los instantes de su vida.

6ta.: Les asistiré visiblemente en el instante de su muerte: verán el rostro de su Madre.

7ma.: He conseguido de mi Divino Hijo que los que propaguen esta devoción (a mis lágrimas y dolores), sean trasladados de la vida terrenal a la felicidad eterna directamente, pues serán borrados todos sus pecados, y mi Hijo y Yo seremos «su eterna consolación y alegría».

Si de acuerdo a las motivaciones narradas en el capítulo anterior, ya resultaba una obligación el reparar los dolores que debió padecer Nuestra Señora en beneficio nuestro, al engendrarnos a una nueva vida, «la vida sobrenatural», y así constituirnos en hijos de Dios e hijos Suyos, y de ahí en más, cuidarnos y ayudarnos con una perseverancia, bondad y misericordia sin medida alguna, para que pudiéramos arribar algún día a la contemplación gloriosa de Dios, ese cumplimiento se torna en un deber aún mucho más impostergable e ineludible, cuando se toma conocimiento que Ella misma ha tenido que venir a pedirnos, con tristísimas y conmovedoras palabras, que sus íntimos y profundos querer son justamente actos de reparación meditando precisamente tales padecimientos. Y ante este cuadro tremendamente desgarrador, que menos puede exhalar nuestra alma y decir: «Pobrecita Nuestra Mamita del Cielo, tan eminentemente amorosa y misericordiosa y sin embargo, tan poco pero tan poco conocida, amada y consolada».

¡Cuánta ingratitud a tanta bondad y a tantos desvelos tenidos por Ella en procura de nuestro exclusivo bien!. Por ello, nadie, absolutamente nadie que se reconozca hijo de esa Madre, puede dejar de cumplir con su estremecedora súplica, que si bien producto de un intensísimo dolor, no deja, sin embargo, de estar preñada de un insondable amor, al extremo de anunciarnos que vendrá a convertir esa contemplación reparadora - y que realmente le debemos - en una fuente de inagotables gracias para todos aquellos que la pongan en práctica y perseveren en ella. Si bien lo que antecede, petición y promesa, fueron anunciados en tiempos muy alejados al presente, no deja por ello de tener plena vigencia en la actualidad, no solo al comprobar el estado de inimaginable inmoralidad, frialdad espiritual, indiferentismo religioso, cuando no práctica apostasía en que vive hoy día la generalidad de la cristiandad, sino por la forma de mostrarse Nuestra Afligida Madre - amén de sus dichos - en el transcurso de estos últimos siglos, como cuando se presentó derramando abundantes lágrimas en la Sallete, en la llamada Dolorosa de Quito, en Siracusa, en Akita, en Nueva Orleans, etc., o con su rostro tristísimo en Fátima, con su Corazón Inmaculado rodeado de espinas en Pontevedra, etc. Por lo tanto, postrémonos ante Ella para llorar nuestras culpas e ingratitudes, prometiéndole de todo corazón de ahora en más, el fiel cumplimiento que nos ha venido a suplicar, asumiendo, además, el compromiso de difundir esta devoción para que muchas almas se sumen a paliar lo que tantas otras le hacen sufrir.

Los Dolores de la Santísima Virgen y sus Meditaciones

Los dolores padecidos por la Virgen María que debemos contemplar y reparar con su meditación y concluirlos con un avemaría, son los siguientes:

- 1 er. dolor: La profecía de Simeón.
- 2do. dolor: La huida a Egipto.
- 3 er. dolor: La pérdida del niño Jesús en Jerusalén.
- 4to. dolor: El encuentro con su Hijo camino al Calvario.
- 5to. dolor: La crucifixión y muerte de Nuestro Señor.
- 6to. dolor: El descenso de Jesús de la cruz.
- 7mo. dolor: La sepultura de Jesús.

La simple lectura de las motivaciones causantes de estos siete dolores, permite admitir que lo pedido por María Santísima es lógicamente sencillo y fácil de cumplir. Todo hijo de la Iglesia, aún medianamente instruido en nuestra religión puede hacerlo, pues no presenta aparente dificultad. Si bien acorde con esto, lo propio sería poner punto final a este escrito, empero, no lo haré, y esta decisión vengo avalarla por lo siguiente. Cuando años atrás tomé conocimiento de aquella dolorosa queja de Nuestra Madre, sobre el olvido e ingratitud que recibe de la generalidad de sus hijos - en primer término de quién esto escribe - me propuse cumplir con -e\ justísimo pedido que nos hacía, y así fue que comencé a meditar los dolores que debió padecer, en seguimiento fidelísimo al sendero que Dios le tenía reservado. El traer diariamente a la memoria tales tristes pasajes de su vida, me ha permitido elaborar algunas ideas sobre cada uno de ellos, pero dada mis propias carencias e imperfecciones están muy lejos de tener la profundidad y riqueza que los mismos se merecen, pese a lo cual, si me animo a ponerlas por escrito, es con el exclusivo motivo de que quizá para alguna alma no iniciada en hacer meditación, pueda servirle de guía inicial en tal sentido.

Primera Meditación: La profecía de Simeón

La Ley de Moisés establecía una doble prescripción cuando una mujer daba a luz su hijo primogénito, lo que debía cumplir a los 40 días de su nacimiento: la purificación de su madre y el ofrecimiento del hijo a Dios. En virtud de esta obligación, la Sagrada Familia al transcurrir ese plazo se hizo presente en el templo de Jerusalén, pese que en rigor de verdad, ni a Jesús ni a María les cabía someterse a esa prescripción, al ser El Hijo de Dios y Ella la Purísima e Inmaculada, lo que, sin embargo, acataron con profunda humildad al no recibir del Cielo un Aviso eximiéndoles de esa obligación. En aquellos tiempos vivía en Jerusalén un hombre justo - es decir, santo – llamado Simeón, que por revelación del Espíritu Santo sabía que no moriría sin antes conocer el Mesías prometido, y por ello, movido por Este, se hizo presente en el templo en momentos que arribaban al mismo aquella bendita familia, reconociendo en el niño que traían sus padres, el tan esperado Ungido del Señor.

Lleno de gozo lo tomó Simeón en sus brazos y comenzó sus alabanzas a Dios, quedando ellos maravillados de lo que decía de El. Entonces, inspirado, dijo a María: **«Este es puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel, y para ser una señal de contradicción, y a tú misma alma una espada la traspasará a fin de que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones»** (Lc.IL34/35).

De lo narrado por el evangelista, resulta claro que María vivió dos disimiles situaciones por boca del anciano Simeón, la primera, de un sublime gozo (que es el que contemplamos en el cuarto misterio del Santo Rosario), la segunda de un profundísimo dolor al escuchar de aquella alma iluminada y guiada por Dios, la tremenda profecía de lo que tendría que sufrir su Inmaculado Corazón. Y todo esto anunciado cuando su hijo contaba tan solo cuarenta días. Era este un pequeño bebe, y ya Ella tomaba claro y certero conocimiento que su vida transitaría por una senda, en la que el sufrir sería la nota constante que la acompañaría a lo largo de la misma. Y como todas estas cosas María las guardaba en su corazón, como sugestivamente así lo ha dejado consignado el evangelista (Lc. n,51), es razonable, en consecuencia, admitir que en no pocas circunstancias durante la vida de su Hijo, el recuerdo de aquel Aviso habrá venido a poner un toque de tristeza en su alma, acompañado, ¡quizá cuantas veces!, con lágrimas, y aun eso, en momentos de gozo compartido con El, viniendo así a opacar y constreñir la dicha de esos instantes. Queridos hermanos, e hijos de esa Madre Única, grabemos a fuego en nuestras mentes y en nuestros corazones: Toda la vida de María en relación a la de su Hijo, fue prácticamente una continua sucesión de hechos y recuerdos dolorosos, y todo ello aceptado sin la menor queja o signos de contrariedad. Cuando le dio su «FIAT» a Dios en la Anunciación, el mismo no se focalizó y quedó estático en ese hecho gozoso, sino que lo puso generosamente en Sus manos para que El dispusiera de Ella tanto, cuanto y como quisiera. Un Ángel bajado del Cielo no hubiera sido más dócil ni más obediente a Dios que María, fue sin lugar a dudas la perfectísima humildad, y sabemos cuanto agrada al Señor ver en sus hijos lucir esta esencial virtud, al resultar la virtud imprescindible para que puedan crecer y florecer todas las restantes virtudes.

Segunda Meditación: La huida a Egipto

Cuando los Magos regresaron a Oriente luego de haber adorado y hecho sus presentes al Niño Jesús, avisados en sueños de no dar cuenta a Herodes de haber encontrado al «Rey de los Judíos», volvieron a sus tierras por otro camino. Cuando éste advirtió haber sido burlado, montó en cólera, y mandó matar a todos los niños de Belén y sus alrededores, de dos años para abajo.

Pero anticipándose a estos designios asesinos, un Ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: **«Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto, donde permanecerás hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarle. Y él se levantó, tomó al niño y a su madre, y salió para Egipto, y se quedó allí hasta la muerte de Herodes»** (Mat. II 13/15).

Despertada María por José para anunciarle el aviso recibido del Ángel, podemos entrever con que agudísimo dolor y estremecimiento habrá escuchado la amenaza que pesaba sobre su Hijo, cual era, que el despiadado e ilimitado mayor poder que existía en esas comarcas, había decidido darle muerte, y para evitar que ese crimen se consumara, lo ordenado por Dios era la huida, la huida a Egipto, lo que imponía alejarse de inmediato de sus familiares y demás seres queridos, del santuario santísimo de su hogar, del templo, es decir, de todo aquello que conformaba sus vidas, y sin saber, además, cuando esa durísima separación tocaría su fin, pese a lo cual María, sin dudas ni cuestionamiento alguno, con total aquiescencia a la voluntad de Dios, tomando lo poco que podía

llevar, de lo que muy poco que poseían, bajo la custodia de su castísimo esposo, emprendió ese exilio, llevando fuertemente abrazado sobre su corazón a su muy tierno y amadísimo hijito.

Al comenzar ese ordenado alejamiento, que profundo desgarrón habrá sentido en su sensible alma por todo aquello, que siéndole tan querido, iba de a poco quedando atrás, amén de la triste incertidumbre de que si cuando llegara el momento del regreso volvería todo ello a encontrarlo. A poco de iniciarse esa marcha, se vieron internados en el desierto, con las inevitables consecuencias que ello deparaba, un frío glacial durante las noches y un abrasador calor durante el día, escasez de alimentos y de agua, las incomodidades y cansancio de un viaje tan prolongado (10/14 días) con el medio disponible para esa travesía, y a todo esto, el lógico temor de verse perseguidos por las huestes de Herodes de haber alguien visto o sospechado esa huida, además del indiscutible peligro de caer bajo la acción de los tantos salteadores que vagaban por esas soledades. Y una vez arribados a Egipto, además de encontrarse en una tierra desconocida en idioma y costumbres y en donde practicaban falsas religiones, verse en un marco de aguda pobreza, el lograr donde poder alojarse, y a continuación, la preocupante búsqueda de José de conseguir algún trabajo para solventar las necesidades esenciales de su santísima familia. En esas precarias y afligentes condiciones debieron permanecer, hasta que nuevamente el Ángel le anunció en sueños a José, que por haber muerto Herodes debían regresar a Israel, lo que así hicieron. Madre muy querida, perdóname la sucesión de pesares por los que tuviste que transitar, desde la amenaza de muerte de tu Hijo hasta el regreso a Nazareth, y como acto de insignificante reparación por tanta culpa mía por todo ello, te ofrezco lo que tuviera que sufrir cuando se me presentaran situaciones que guardasen alguna semejanza, por mínimas que fueren, por las que Tu debiste afrontar, como ser, el recibir tristes noticias, alejamientos y ausencias prolongadas de seres queridos, imprevistos y angustiosos traslados y si la misma pobreza viniera a golpear las puertas de mi hogar.

Tercera meditación: La pérdida del Niño en Jerusalén

Al aproximarse la fiesta de Pascua, teniendo el Niño Jesús 12 años, la Sagrada Familia se encaminó, como lo hacía todos los años, a Jerusalén. Cumplido el tiempo de esa permanencia, los peregrinos de esa caravana emprendieron el regreso a Nazareth, sin advertir José y María que Aquel no se había incorporado a la misma por haberse quedado en esa ciudad. «Cumplida una jornada de marcha, por no hallarlo entre parientes y conocidos, iniciaron la vuelta a Jerusalén. Y **«Al cabo de tres días lo encontraron en el templo, sentado en medio de los doctores, escuchándoles y preguntándoles, y todos los que lo oían estaban estupefactos de su inteligencia y de sus respuestas. Al verlo (sus padres) quedaron admirados, y le dijo su madre: Hijo ¿por qué has hecho así con nosotros? Tu padre y yo te estábamos buscando con angustia. Les respondió: ¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabías que es preciso que me ocupe en las cosas de mi padre? Ellos no entendieron lo que les decía»** (Lc. II,46/50).

Este relato evangélico es tristemente rico, a poco que lo profundicemos, en darnos a conocer los agudísimos dolores que debió padecer la Ssma. Virgen durante el tiempo que duro el desencuentro con su Divino Hijo. Y comencemos a considerarlos. Ha transcurrido todo un primer día de marcha, pero sólo al detenerse la misma al anochecer, es cuando recién advierten la ausencia de su adolescente Jesús. Si en la vida de los padres de familia, una demora, ¡sólo una demora!, del regreso de un hijo al hogar depara no pocos desvelos y aflicciones - y esto lo afirmo por propia experiencia - ¿Qué alcances, entonces, habría adquirido ese dolor, si esa demora se hubiera convertido a la postre, en un hecho que guardase alguna semejanza al vivido por María en aquellas circunstancias? No creo exagerar, en lo que a mi respecta, que hubiera caído en tal desasosiego y tribulación con consecuencias imposibles de predecir, y si eso hubiere sido la resultante de ese hecho para mi, que pensar, que decir, entonces, del grado de dolor sufrido por esa Madre en aquel trance, al tratarse de un Hijo que amaba con un amor casi infinito, que sabía que era el Hijo de Dios y que dada, por lo tanto, su propia divinidad, debía descartar de plano todas aquellas posibles causas de darse en nuestra naturaleza caída, como ser, olvido, distracción, despreocupación, etc. Por lo tanto, lo estimado de conjeturar, es que haya supuesto que algo muy grave tendría que haberle ocurrido, quizás un rapto para ser vendido dado sus deslumbrantes dotes intelectuales y aún de belleza, o mucho peor aún, por alguien que habría sospechado o intuido que se trataba de aquel niño adorado por los Reyes Magos y escapado de la matanza ordenada por Herodes.

Sean estos u otros los motivos que hayan venido a la mente de la Virgen en busca de una explicación a esa ausencia, lo real es que, con una espada clavada en su corazón habrá iniciado el regreso a la Santa Ciudad, y con esa insondable angustia transcurrió esa primera noche y parte del segundo día. Una vez arribados a Jerusalén en el curso de ese segundo día, habrá comenzado la búsqueda de su Niño por los lugares factibles de encontrarlo, o al menos tratar de lograr alguna noticia de El, pero al llegar la noche sin hallarlo ni tampoco sabido nada del mismo ¡Que noche de impensable padecer! Y ante la obligada pausa impuesta en la búsqueda al declinar las luces del día, la quietud y el silencio de las siguientes horas, ¡Qué propensas debieron haber sido para su mente, ahora libre de toda otra atención, en concentrar toda ella en la pérdida de su Divino Hijo!, ¡Qué tremendos y desgarradores pensamientos habrán venido a lacerarla sin piedad!, ¡Cuántas lágrimas habrán brotado de sus purísimos ojos y corrido por sus castísimas mejillas!, ¡Cuántas aflicciones padecidas por su Inmaculado Corazón! y ¡Cuántas congojas habrán estremecido su santísima alma! Y sin el menor aporte del más mínimo consuelo y bajo el peso de esa atroz situación, habrán corrido muy lentamente las horas hasta despuntar las luces del tercer día. Recomenzada la búsqueda y en el curso del mismo, lo hallan en el templo en diálogo con los doctores de la ley.

De la narración evangélica queda en claro que si El no se incorporó a la caravana que regresaba a Nazareth, fue por el simple pero inobjetable motivo - pero impensable para sus padres - de tener que ocuparse de las cosas de su Padre, es decir de obedecerlo y cumplir el mandato dado por El. Y aquí debemos preguntarnos, qué misterio rodea el proceder de ese hijo, que amando a sus padres - particularmente a su madre - con un amor infinito, no haya obrado como normalmente lo hubiera hecho todo otro hijo en circunstancias semejantes, como hubiera sido el pedirles permiso para quedarse, o al menos avisarles el motivo que le obligaba permanecer en Jerusalén. El hecho de haber actuado así, me inclina a suponer, dada su corta edad y a la causa esgrimida para tal proceder, que su mutismo a tal respecto debió responder a un querer de su Eterno Padre y no a su propia decisión. Y de haber sido así, ¿Qué razones habrá tenido Dios Padre para haberle hecho experimentar tan insondable dolor a su hija dilectísima, que amaba y que ama como no amaré a ninguna otra criatura por ser la mujer que predestino desde toda la eternidad para ser Madre de su Hijo? En respuesta a este interrogante pueden barajarse diversas posibles razones, con la particularidad de haberse podido deber, tanto a una de las mismas, como a la suma de todas ellas, o aún a ninguna de las mismas, o quizás a una razón que aún permanece en el misterio de Dios. Las que yo me permito inferir en función a lo factible de extraer de los hechos que narran los evangelios, son las siguientes:

1. Como un anticipo de los dolores que tendría que sobrellevar a lo largo de aquellos tres días, que corren desde la tarde del Viernes de Pasión al dejar a su hijo en el sepulcro, hasta las primeras horas del Domingo de Resurrección.
2. Como una inapelable enseñanza que cuando Dios nos señala, sin duda alguna, cual es su voluntad para una particular circunstancia de nuestra vida, debemos inexorablemente hacerla nuestra, aunque ello conlleve dolores y contrariedades, aún muy agudos, a nuestros seres más queridos.
3. Como un anticipo de los dolores que le significaría la pérdida de aquellos tantísimos hijos suyos, que habiéndolos engendrado al pie de la cruz, luego se extraviarían por los caminos del pecado, y que Ella como prenda de su inagotable amor y misericordia, vendría una y otra vez, y así sin solución de continuidad, en la búsqueda de los mismos, para así verlos al término de sus días en la Gloria del Cielo.

De estos tres posibles motivos, ante el pleno conocimiento que todos tenemos - o deberíamos tener - de nuestra debilidad y flaqueza que nos ha hecho caer y recaer tantas veces en el pecado, aprecio que el tercero mencionado sería el que mas deberíamos asumir como culpa nuestra actual, y por lo tanto meditarlo con profunda compunción y con igual espíritu de enmienda y reparación.

Cuarta Meditación: El encuentro con su Hijo camino al Calvario

Que decir del dolor que habrá traspasado el Inmaculado Corazón de María, al contemplar la cabeza de su Hijo coronada de espinas, su rostro bañado en sangre y desfigurado por los golpes recibidos, su túnica teñida de rojo, sus pies descalzos y desgarrados, y sobre sus espaldas el duro y pesado madero de la Cruz, y en esa marcha hacia el Calvario, verlo caer una, dos y tres veces al irse agotando sus fuerzas y por ello brotar nuevas heridas en su

cuerpo. Pero si mucho sufría por lo que veían sus ojos, cuanto, pero cuanto más habrá ascendido su dolor, al penetrar el insondable padecer en que se hallaba sumida el alma de su Jesús, al verlo insultado y ultrajado, apedreado y escupido, burlado y despreciado, tomado como un vil mentiroso, convertido en la burla y hazmerreír del pueblo de Jerusalén hasta el extremo de tildarlo de loco, o más aún, de creerlo endemoniado. Y ante este cuadro tan tremendo y desgarrador, que menos nos cabe de caer de rodillas frente a Ella y como acto de reparación, suplicarle que nos alcance la gracia de ofrecerle la Cruz que Dios quiere para nosotros, la Cruz de los dolores del cuerpo, la Cruz de los dolores del alma, muy particularmente esta última Cruz, y en primer término, la que llevamos y llevaremos hasta nuestro postrer suspiro, en recuerdo de todas las ingratitudes con que la hemos ofendido, que aunque arrepentidos que estemos de todo ello y aún con la esperanza de haber alcanzado su perdón, será como una espada que mantendremos clavada en nuestros corazones, y a esta, de ahora en más y hasta el fin también de nuestras vidas, la querida por El, y que claramente nos la hizo conocer al decirnos **«Niégate a ti mismo, carga tu cruz y sígueme»** (Mat. 16,24), es decir, no solo el fiel cumplimiento de los mandamientos de la Ley y por ende no pecar, sino, muriendo a nuestro «Yo», acatar a rajatablas su Santísima Voluntad, su Santísima Providencia en todos sus querer y permisiones, y en consecuencia aceptarlos con paciencia y mansedumbre, con bondad y misericordia, con generosidad y dulzura, sabiendo y recordando de continuo que **«Todo contribuye al bien de aquellos que aman al Señor»**, como nos enseña San Pablo. ¡ SI, Todo! y por lo tanto todo lo que nos acaece en la vida es obra de su Infinito Amor y Misericordia por más doloroso e incomprensible que pueda resultarnos, y siendo esto verdaderamente así, es entonces lo correcto y sabio agradecerle la Cruz que nos ofrece llevar por grande o chica que fuere, pero más aún, admitir con gozo el cáliz que nos invite a beber, pues bebiéndolo será expresarle fehacientemente que lo reconocemos como Nuestro Creador y Redentor, y por lo tanto con todo el derecho de disponer de nosotros como mejor le plazca y sin reserva alguna, y si así perseveramos abandonados plenamente a su Amorosa Voluntad, transitaremos por la segura senda que nos permitirá alcanzar la Patria Celestial, es decir por el bendito camino jalonado y alfombrado por las excelsas virtudes de la Humildad y la Caridad.

Quinta Meditación: La Crucifixión y Muerte de Nuestro Señor

Llegado Nuestro Señor al Monte Calvario, fue despojado de sus vestiduras. ¡Que ultraje a su Infinita Pureza y a su Infinito Pudor!, yal verlo así su Madre, desnudo y en presencia del pueblo de Jerusalén, su Corazón Inmaculado habrá asumido como cosa suya tan inimaginable agravio, amén de asociarlo al propio que sufría su Inmaculada Pureza y Pudor por igual incalificable ultraje. Y que pensar de como habrán ido en acelerado aumento sus dolores, al contemplar el cuerpo de su Amadísimo Hijo cubierto de heridas y de sangre, que eran carne de su carne y sangre de su sangre, y puesto su cuerpo sobre los maderos de la cruz y comenzar su crucifixión, el ver y escuchar como con fuertes golpes de martillo dados sobre toscos clavos, iban estos rasgando piel, horadando carne de manos y pies, brotando la sangre, y reconociendo en su rostro su inmedible padecer. Ante este cuadro de abismal dolor, también ella habrá sentido esos martillazos como dados en su propio cuerpo y en su mismísimo corazón, y así igualmente sentirse crucificada junto a su Divino Hijo.

Concluido el clamor de esos martillazos y levantada la Cruz en alto, al comenzar el amor de sus amores su larga y dolorosísima agonía, y declinar en Ella sus fuerzas por todo lo que venía y estaba sufriendo, también se habrá sentido caer en agonía, agonía que no concluyó en su muerte por la asistencia de su Divino Esposo, el Espíritu Santo, que vino a sostenerla para poder sobrellevar la insondable pena y dolor en que estaba sumida su alma, pena y dolor que en todo momento venía ofrendando a Dios Padre en unión a las intenciones de su Hijo, y al ser éstas la de ofrecer su vida en rescate de la humanidad pecadora de la muerte eterna, su lacerado corazón le habrá hecho musitar: Padre mío, Tú me diste tu Hijo, pero ahora quieres que vuelva a Tí por este camino, por este dolor, por esta Cruz y por esta muerte, aquí lo tienes, es nuevamente todo tuyo, he aquí tu esclava, hágase en mí tu querer!. Oh Madre Santa Nuestra! en cuanto insondable dolor has tenido que transitar para acceder a la cooperación que Dios vino a pedirte en la obra redentora de su Hijo e Hijo tuyo también. Por ello, Madre mía, vengo a suplicarte que me alcances la suprema y ansiadísima gracia de morir en todo a mi voluntad a semejanza tuya, para que se cumpla en mí la plena voluntad de mi Dios, por penosa que fuere, y obrando y perseverando así, tener la esperanza de que Tú me reconozcas como hijo tuyo, por cierto, el último entre todos los últimos y el último de todos los tiempos, de tal suerte que cuando tu Hijo me llame, Tu te dignes, por tu proverbial bondad y misericordia, abogar por mí, y en lugar de merecer el fuego eterno, logres cambiarlo por el fuego mas largo y

doloroso del Purgatorio, y de concederme este fervoroso ruego ¡La Gracia de las Gracias!, el tener entonces la certeza que cuando los tiempos lleguen a su fin, de alcanzar la tan inmerecida Gloria, Gozo y Felicidad de adorarlo a mi Dios en las personas del Padre, Hijo y Espíritu Santo y alabarte a Tí, por toda la eternidad. De sólo ahora pensar que esto pueda así suceder, se inunda mi alma de una dicha tal, que no se transcribir.

Sexta Meditación: El descenso de Jesús de la Cruz

Cuando recibes en tus brazos el cuerpo inmóvil y frío de tu Jesús, todos los besos, caricias y palabras que brotan de tu ilimitado amor, no tienen respuesta alguna, pues ese Hijo que contemplas y bañas con tus lágrimas, está muerto, y muerto porque voluntariamente ha ofrecido su vida para rescatarme de las garras del demonio y de los suplicios del infierno, cuya intensidad en sus dolores supera total y absolutamente todo conocimiento humano. Pero superlativamente mayor a estos dolores, el verme privado de la visión de mi creador, quién a tenido como razón exclusiva de haberme creado, el volver a El al término de mí vida, y a ello la horrorosa secuela de estar obligado, como todo otro condenado, de odiarlo y maldecirlo a El como a Tí, por toda la eternidad. ¡Dios nos libre de tan espantosa y abominable tragedia! Dolorosísima Madre mía, perdóname la incuestionable culpa que recae sobre mí por este cáliz de insondable amargura que te impuse beber, por las incontables ingratitudes con que he respondido a la excelsa bondad y misericordia que has tenido conmigo. Que nunca mas te de motivo alguno para recordar tales padecimientos, antes alcánzame la gracia de mil veces morir.

Séptima Meditación: La sepultura de Jesús

Cuando se deja un ser querido en su sepultura, se sufre en función al amor que se tiene a él, por lo tanto, habiendo Tú amado a tu Divino Hijo con un querer tan próximo al infinito, ese padecer habrá alcanzado una intensidad muy similar a ese tu amor, dolor que te habrá acompañado desde la tarde de aquel viernes hasta las primeras horas del domingo de Resurrección. Virgen Santísima, una vez mas vengo a postrarme a tus pies, para expresarte mi tremenda responsabilidad en haber sido yo, el gran culpable de haber agotado tus lágrimas y destrozado tu corazón durante esos tres interminables días, por lo increíblemente infiel e ingrato con que he correspondido a mi Bondadosísimo y Misericordiosísimo Redentor, por todas las gracias y favores que de El he recibido, y por lo tanto, también por las infidelidades e ingratitudes inferidas a Ti, ya que es por obra de tu Mediación Santísima que las he recibido en mi alma, y en medida tal que podrían haber servido para que incontables otros hijos tuyos hubieran alcanzado latan deseada santidad. Madre mía, si así he procedido en buena parte de mi vida, os suplico que de ahora en más, apelando tu inagotable bondad y misericordia, me conviertas en el hijo pródigo que venga a Tí con profundísimo arrepentimiento, por todo lo que te hecho padecer a la largo de mi vida, a reparar, por la senda que Dios disponga, tanto dolor, y si hago méritos para que esta súplica que te hago con todas las fuerzas de mi alma y corazón, se hiciese efectivamente realidad, esperaré tener la firme esperanza al cumplirse la consumación de los siglos, de encontrarme entre todos aquellos que adorarán a Nuestro Dios y alabarán a Ti por toda la eternidad, con aquel gozo y felicidad absolutamente imposible de imaginar. Inmaculados Corazones de Jesús y María, sed mi refugio y salvación mía.

JORGE RAFAEL RUBIO.